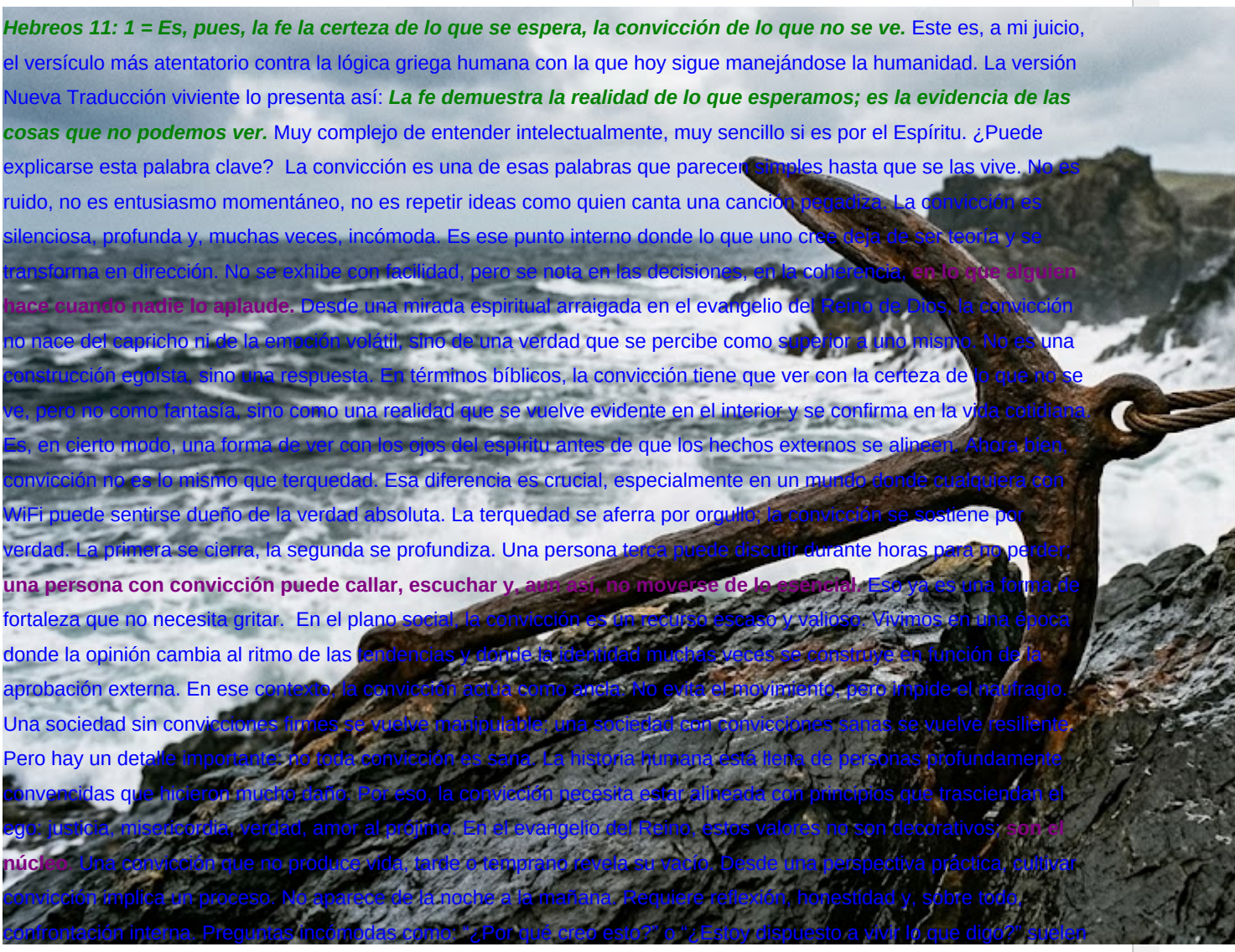
17 – Convicción

Posted on ***January 01,1970*** *by* ***Néstor Martínez***



Hebreos 11: 1 = Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Este es, a mi juicio, el versículo más atentatorio contra la lógica griega humana con la que hoy sigue manejándose la humanidad. La versión Nueva Traducción viviente lo presenta así: ***La fe demuestra la realidad de lo que esperamos; es la evidencia de las cosas que no podemos ver.*** Muy complejo de entender intelectualmente, muy sencillo si es por el Espíritu. ¿Puede explicarse esta palabra clave? La convicción es una de esas palabras que parecen simples hasta que se las vive. No es ruido, no es entusiasmo momentáneo, no es repetir ideas como quien canta una canción pegadiza. La convicción es silenciosa, profunda y, muchas veces, incómoda. Es ese punto interno donde lo que uno cree deja de ser teoría y se transforma en dirección. No se exhibe con facilidad, pero se nota en las decisiones, en la coherencia, **en lo que alguien hace cuando nadie lo aplaude.** Desde una mirada espiritual arraigada en el evangelio del Reino de Dios, la convicción no nace del capricho ni de la emoción volátil, sino de una verdad que se percibe como superior a uno mismo. No es una construcción egoísta, sino una respuesta. En términos bíblicos, la convicción tiene que ver con la certeza de lo que no se ve, pero no como fantasía, sino como una realidad que se vuelve evidente en el interior y se confirma en la vida cotidiana. Es, en cierto modo, una forma de ver con los ojos del espíritu antes de que los hechos externos se alineen. Ahora bien, convicción no es lo mismo que terquedad. Esa diferencia es crucial, especialmente en un mundo donde cualquiera con WiFi puede sentirse dueño de la verdad absoluta. La terquedad se aferra por orgullo; la convicción se sostiene por verdad. La primera se cierra, la segunda se profundiza. Una persona terca puede discutir durante horas para no perder; **una persona con convicción puede callar, escuchar y, aun así, no moverse de lo esencial.** Eso ya es una forma de fortaleza que no necesita gritar. En el plano social, la convicción es un recurso escaso y valioso. Vivimos en una época donde la opinión cambia al ritmo de las tendencias y donde la identidad muchas veces se construye en función de la aprobación externa. En ese contexto, la convicción actúa como ancla. No evita el movimiento, pero impide el naufragio. Una sociedad sin convicciones firmes se vuelve manipulable; una sociedad con convicciones sanas se vuelve resiliente. Pero hay un detalle importante: no toda convicción es sana. La historia humana está llena de personas profundamente convencidas que hicieron mucho daño. Por eso, la convicción necesita estar alineada con principios que trasciendan el ego: justicia, misericordia, verdad, amor al prójimo. En el evangelio del Reino, estos valores no son decorativos; **son el núcleo.** Una convicción que no produce vida, tarde o temprano revela su vacío. Desde una perspectiva práctica, cultivar convicción implica un proceso. No aparece de la noche a la mañana. Requiere reflexión, honestidad y, sobre todo, confrontación interna. Preguntas incómodas como: "¿Por qué creo esto?" o "¿Estoy dispuesto a vivir lo que digo?" suelen ser el punto de partida. Y sí, a veces las respuestas no nos gustan. Pero ahí es donde empieza lo real. Un recurso útil es la coherencia diaria. No se trata de hacer grandes actos heroicos, sino de sostener pequeñas decisiones alineadas con lo que uno cree. Si alguien dice valorar la verdad, pero miente en lo cotidiano, su convicción es frágil. Si alguien habla de amor al prójimo, pero trata mal a quien le sirve el café, hay una desconexión. **La convicción se fortalece cuando lo grande y lo pequeño coinciden.** Otro aspecto clave es la resistencia. La convicción va a ser probada, siempre. No porque el universo tenga algo personal contra ti, sino porque todo lo valioso necesita ser probado para consolidarse. En términos bíblicos, la fe sin prueba es como un músculo que nunca se ejercita: existe, pero no sostiene nada. **Las dificultades no destruyen la convicción genuina; la revelan.**

De hecho, no puede confundirse con solemnidades acartonadas, porque tampoco se trata de vivir con rostro de estatua griega. A veces creemos que tener convicción significa ser intensos las 24 horas del día. No es así. No hace falta convertir cada conversación en un debate filosófico ni corregir a todo el mundo como si fuéramos parte del comité oficial de la verdad. La convicción también sabe reírse, relajarse y reconocer que no todo depende de uno. De hecho, una señal de convicción madura es **la capacidad de no tomarse todo como una batalla personal.** En el plano espiritual, la convicción se vincula con la confianza en Dios, pero no como una idea abstracta, sino como una relación viva. No es repetir frases aprendidas, sino vivir con la certeza de que hay un propósito mayor operando incluso cuando no se entiende todo. Esto no elimina las dudas, pero las pone en contexto. La duda no es enemiga de la convicción; puede ser parte del camino hacia una convicción más profunda, siempre que no se convierta en excusa para la inacción.

El evangelio del Reino plantea una convicción que transforma desde adentro hacia afuera. No empieza en las estructuras sociales, aunque eventualmente las impacta. Empieza en el corazón humano. Y eso tiene implicancias sociales enormes. Una persona con convicción de justicia actúa con equidad aun cuando nadie la observa. Una persona con convicción de misericordia no se endurece frente al dolor ajeno. Una persona con convicción de verdad no negocia su integridad por conveniencia. En términos ideológicos, mantenerse objetivo no significa ser neutral, ante todo. Significa no dejarse arrastrar por extremos que simplifican la realidad. La convicción permite sostener principios sin caer en fanatismos. Es posible tener una postura firme y, al mismo tiempo, reconocer la complejidad del mundo. De hecho, esa combinación es necesaria. Una convicción que ignora la realidad se vuelve dogma vacío; una realidad sin convicción se vuelve caos.

Un punto interesante es cómo la convicción influye en la identidad. Hoy se habla mucho de “ser uno mismo”, pero pocas veces se profundiza en qué significa eso. Sin convicciones, la identidad se vuelve moldeable al entorno. Con convicciones, la identidad se afirma, pero no se endurece. Hay espacio para crecer, aprender y corregir sin perder el eje. Es como tener raíces profundas y ramas flexibles. También es importante entender que la convicción no siempre genera aprobación. De hecho, muchas veces genera lo contrario. Y acá es donde se pone a prueba la autenticidad. ¿La convicción depende del aplauso o se sostiene por sí misma? En el contexto del evangelio, **seguir la verdad no garantiza popularidad, pero sí integridad.** Y esa integridad, aunque no siempre sea visible de inmediato, tiene un impacto que trasciende. En la práctica diaria, hay herramientas concretas para fortalecer la convicción. La lectura reflexiva de la Biblia, no como un ritual, sino **como un diálogo**. La oración entendida como comunicación genuina, no como repetición automática. La comunidad, no para copiar pensamientos, sino para crecer en conjunto. Y el servicio, porque la convicción que no se traduce en acción se estanca. También ayuda desarrollar la capacidad de discernimiento. No todo lo que suena bien es verdadero. En una era saturada de información, la convicción necesita filtrar, evaluar y contrastar. Esto implica tiempo, paciencia y, a veces, ir contra la corriente. Pero vale la pena. Una convicción bien formada es una brújula en medio del ruido. Desde una mirada más humana y amplia, la convicción es un regalo para la sociedad. Personas con convicciones sanas generan confianza. No porque sean perfectas, sino porque son consistentes. Y en un mundo donde la inconsistencia es moneda corriente, eso tiene un valor enorme. La convicción no elimina los errores, pero **evita la hipocresía sistemática.** Finalmente, la convicción está profundamente ligada a la esperanza. No una esperanza ingenua, sino una certeza de que lo correcto tiene sentido, incluso cuando los resultados no son inmediatos. En el evangelio del Reino de Dios, esta esperanza no es escapismo; es compromiso. Es creer que la verdad, la justicia y el amor no son ideas utópicas, sino realidades que pueden y deben manifestarse. En síntesis, la convicción es ese fuego interno que no necesita espectáculo para arder. Es firme sin ser rígida, profunda sin ser pesada, y práctica sin perder su dimensión espiritual. Es lo que permite caminar con propósito en medio de la incertidumbre, sostener valores en medio de la presión y actuar con coherencia en medio de la contradicción. Y si alguna vez sentís que tu convicción tambalea, no es el fin del mundo. Es una invitación a profundizar, a revisar, a fortalecer. Porque la convicción verdadera no teme ser examinada; al contrario, se afina en el proceso. Y en ese camino, lejos de aislarte, te conecta más profundamente con

Dios, con los demás y con lo mejor de vos mismo. Y una aclaración final que vale la pena recordar:**Convicción es Espíritu Santo manifestándose desde tu adentro hacia tu afuera. Convencimiento es la imitación carnal y viene por imposición emocional desde afuera hacia adentro.** Tú eliges.

Posted in:Blog,Sin Categoría | | With 0 comments